

#### CAPÍTULO IV

Primeros días en Querétaro. — Paseos por la población. — Descripción de la ciudad y de sus alrededores. — Reunión de los oficiales de órdenes. — Fuerzas republicanas de Escobedo y Corona. — Presentan batalla las fuerzas imperiales. — No aceptan los liberales. — Nuestro regreso á la ciudad. — Fijase el cuartel general en el cerro de las Campanas trasladándose luego al convento de La Cruz.

La más completa tranquilidad y la calma más absoluta reinaron en Querétaro durante los primeros días de nuestra permanencia en la ciudad. Maximiliano se levantaba á las cinco de la mañana, me hacía llamar para que yo le diera cuenta de los documentos recibidos, que en su mayor parte eran solicitudes de auxilios. Acordaba concederlos casi siempre, me dictaba algunas cartas, y enseguida salíamos á recorrer la población, muchas veces á pie. El Emperador, vestía de paisano, se detenía para ver desfilar alguna tropa que pasaba, se mezclaba entre la gente del pueblo, y como por lo regular siempre iba fumando, se detenía para

pedir la lumbre (como se dice en México) ó bien para darla á algún caballero á quien la ofrecía familiarmente.

Otras veces, salía á caballo, portando el traje nacional, calzoneras con botonadura de plata, chaqueta y ancho sombrero jarano galoneado.

Otras, por fin, de militar, con sencillo y elegante uniforme azul.

Después de nuestro paseo de la mañana, volvíamos al Casino para el almuerzo y desde que terminaba este, hasta que llegaba la hora de la comida, recibía á los generales y á las autoridades.

En la comida, siguiendo su vieja costumbre, había siempre alguno ó algunos invitados de las personas más caracterizadas de la ciudad.

Terminada la comida, jugaba una hora al boliche, en una mesa situada en el patio interior del Casino, y á las nueve de la noche se retiraba á dormir, para levantarse á las cinco.

Las fuerzas imperialistas, se componían en Querétaro, de unos nueve mil hombres. Habiéndose entregado para la casa cincuenta mil pesos, el Emperador solo reservó para los gastos de ella diez mil, que desde México estuvieron administrados por mí, llevándose en una mula que custodiaban dos hombres de toda mi confianza y á quienes nunca perdía yo de vista.

El Emperador me había ordenado diera diariamente cinco pesos á cada una de las personas que componían su casa, para gastos de viaje, y dos á cada uno de los

criados. Además, daba por separado al cocinero la suma necesaria para el gasto diario del Soberano.

Tan pronto como comenzó el sitio, mi primer cuidado fué abastecerme de provisiones, para que nada faltara en la mesa de Su Majestad.

Respecto á los cuarenta mil pesos destinados á la tropa, muy pronto se gastaron. Se había dado orden á México, de que los húsares austriacos y la infantería de Hamerstein se dirigieran á Querétaro, llevando dinero y municiones; pero como tal orden no había sido obedecida por el ministerio, el Emperador se vió obligado á recurrir á la medida de imponer un préstamo forzoso á la ciudad de Querétaro, préstamo que fué cubierto en muy breve plazo y con muy buena voluntad por parte de los queretanos, que en su totalidad puede decirse simpatizaban con la causa imperialista.

En cuanto al ministro de Hacienda, Campos, no volvió á ocuparse del Emperador ni de su ejército, abandonándolos por completo, motivo por el cual Maximiliano nombró ministro de Hacienda á Vidaurri, pues era de la mayor importancia economizar y cuidar en aquellos críticos instantes hasta el último peso.

Vidaurri desempeñó perfectamente su comisión, estableciendo el mayor orden en el pago de los haberes de la tropa, y si bien los oficiales solo percibían media paga, los soldados recibían íntegro y diariamente su haber.

En esta ocasión, Maximiliano desplegó una actividad extraordinaria, asistía diariamente al consejo de gene-

rales, visitaba cuarteles y hospitales, pasaba revistas, y muy pronto fué el ídolo del ejército, que tenía ya en él absoluta confianza y esperaba muy pronto obtener el triunfo completo de su causa.

Antes de pasar adelante, creo muy conveniente describir la ciudad de Querétaro y algunos de sus alrededores, para aquellos de mis lectores que no la conocen.

Un brillante escritor republicano, don Hilarión Frias y Soto, nacido en la histórica localidad, la describe así:

La alta mesa de la República va descendiendo lentamente conforme se avanza hacia el Oeste.

Desde la altura de Arroyozarco, el declive va siendo más pronunciado y violentamente la montaña se rompe casi á pico, levantando su flanco erizado de abismos sobre un valle fuertemente accidentado, rocalloso, vestido de una vegetación tropical, y regado por aguas purísimas que descienden por su pendiente desde los cerros inmediatos.

En el último plano inclinado de aquella serie de montañas, está recostada la ciudad.

Querétaro, con sus infinitos templos agrupados en primoroso desorden, con sus edificios y sus cúpulas bizantinas, destacándose entre sus árboles siempre verdes, parece una ciudad árabe al viajero que la contempla desde su Cuesta China.

Su admirable acueducto romano, conforme se desciende el zig-zag del camino, parece unas veces que ciñe á la

ciudad como un cinturón de encaje, y otras se asemeja á una estola de punto que la indolente sultana hubiera dejado tendida en el suelo.

La perspectiva es sorprendente. Sobre aquella arquería, sobre aquellos templos, unos góticos, otros con sus campanarios trozados y otros levantando sus esbeltas torres castellanas con agujas de piedra; sobre aquella ciudad calada como una *troja* de marfil chino, un cielo diáfano, un cielo azul y tibio como el cielo de Nápoles.

Y por todas partes el agua corriendo con sus olas color de acero sobre un suelo vestido, como la isla de Calipso, con una eterna primavera.

En aquel cuadro tan risueño iba á representarse un drama terrible.

Esto me obliga á llevar á mi lector por el circuito de la ciudad para que la conozca toda entera.

Al oriente de Querétaro desembocan dos caminos, uno tallado en la montaña, que se llama la Cuesta China; el otro encajonado en una cañada y que se oculta entre las rocas y los árboles. Sigamos el primero, que el segundo lo describiremos después.

Acabando de descender la rápida y vertiginosa pendiente de la cuesta se cruza la garita, y se sigue después una vereda abierta, al pie de un pedregal, donde crece un número prodigioso de cactus y de aloes como si fuera aquella una tierra asiática. Á la izquierda, el pedregal se levanta más y más en anfiteatro, formando al fin un mamelón de rocas, aplastado fuertemente en su vértice, que quede hecha una pequeña planicie; al borde de ésta está el Camposanto prolongado por una pared, hasta confundirse en los muros de un templo: es La Cruz.

Acabando de subir por aquel camino pedregoso é intrasitable, como si jamás lo hubiera pisado planta humana, se llega á la plaza de La Cruz, pequeño anfiteatro lleno de tradiciones de la época de la Conquista. Entonces se llamó el Cerro de Sangremal, y allí, sobre las ruinas del templo indio levantaron los frailes aquella austera y magnífica cartuja adonde pasó sus últimas horas de libertad Maximiliano de Austria.

Frente á la puerta de la iglesia se levanta la cruz de la Aparición, cruz gigantesca y monumental que la mano del monje rodeó con espléndidas palmas árabes, para que le dieran sombra con sus abanicos de esmeralda, y que el indio va á adornar en su culto idolátrico con festones de tul y con guirnaldas de dalias silvestres.

La guerra ha borrado ese manuscrito tradicional de piedra, levantando allí sus toscas trincheras de adobe, y desgarrando los muros del claustro y los calados de la cúpula con las balas de sus cañones.

Hacia el poniente del templo se vé una línea de cantería que se abre en dos líneas divergentes: es la ciudad que descende en una fuerte ondulación para subir después siguiendo la elevación de la superficie.

Al costado sur del convento, y perdidas entre los órganos del pedregal, hay infinitas chozas, adonde se abrigan los últimos restos de la raza conquistada, la que conserva aún sus últimas tradiciones religiosas, mezclándolas con la nueva secta, y el idioma y las costumbres de sus aborígenes. Entre esas chozas está la pequeña iglesia de San Francisquito.

Entrente, un llano siempre cubierto con el verde tapiz de sus sembrados, y que sube en una inmensa rampa hasta la falda del cerro del Cimatario.

La orilla de la ciudad va prolongándose con su alameda extensa y bellísima, pero inculta y sombría como una selva del desierto; al poniente, está la casa blanca, pequeña finca de campo levantada sobre una eminencia, y que forma el ángulo de aquel paralelogramo: su lado occidental se prolonga casi recto hasta ir á perderse en el cerro de las Campanas.

Si se sigue el camino de la Cañada el paisaje es distinto: se creería ver un cuadro flamenco de fuertes tintas azules, verdes y rojas.

La senda ondulada como una víbora de agua, está encajonada entre la montaña y el río, primero, después se pierde en la profunda grieta del cerro y de allí sale al fin á una ancha calzada bordada á sus dos orillas por una espesa arboleda, y abierta entre mil jardines donde la yedra viste con sus flexibles guías las copas de los naranjos, los limoneros y las mimosas, confundiendo sus campánulas azules con los dorados frutos que penden de sus ramas. La calzada sube en una fuerte curva por una rampa que llega á las calles de la ciudad. Dejemos ésta á la izquierda, y recorramos sus orillas. Estas, formadas por los barrios más pobres de la ciudad, siguen la margen del río, que corre al Norte, yendo á perderse al poniente, mientras que aquel lado del paralelogramo va también á morir al Cerro de las Campanas.

Allí está ese cerro memorable, como un túmulo indio que el tiempo hubiera cubierto con su liquen y su musgo. Aislado y pequeño, se comunica con la ciudad por una rampa muy suave, mientras que por el lado que ve al campo está cortado á pico, y es casi inaccesible con sus rocas unidas á la montaña por una sola de sus caras, y

que ciñen su cima como una almena destruída, ó como una diadema rota.

Frente al Cerro de las Campanas, y sólo separados por el lecho del río y una banda estrecha adonde se ha fundado el pueblo de San Sebastián, se levantan los cerros de La Cruz, San Gregorio, San Pablo y la Trinidad, que prolongándose al oriente, van á unirse con la montaña de donde parte el acueducto, y con la Cuesta China

He aquí la decoración donde iba á representar el imperio su última tragedia.

Al tanto ya mis lectores y conociendo por la anterior relación el lugar donde van á desarrollarse los importantes acontecimientos que dieron fin al Imperio, reanudo pues el hilo de mi relato.

Quiso un día el Emperador reunir en su mesa á sus antiguos oficiales de órdenes, que se encontraban en Querétaro, con diferentes mandos, y sentáronse en derredor del soberano los siguientes invitados:

El coronel Joaquín Rodríguez, el comandante Ontiveros y el de igual categoría Laurent, que por intrigas palaciegas habían sido separados del Palacio. Los dos primeros, como se recordará, fueron los que trajeron de Miramar los pliegos de la aceptación del trono, y el tercero había estado mucho tiempo en Palacio.

Pradillo y Ormachea completaban el número de los oficiales de órdenes, encontrándonos también allí el ministro Aguirre, el doctor Basch y yo.

En esa comida familiar, puede decirse, se habló extensamente del pasado tan lleno de esperanzas y de

esplendor, del presente que aun presentaba algunas probabilidades de éxito y del porvenir tan incierto.

En efecto ¿ á qué se reducía el poder del Imperio, ya en aquel tiempo ?

En casi todo el país, inmediatamente que los franceses abandonaban las ciudades, éstas eran ocupadas por los liberales y sólo quedaban sujetas al Imperio las plazas de Querétaro, México, Puebla, Orizaba y Veracruz.

Eso era todo lo que, del vastísimo territorio de Paso del Norte á Chiapas quedaba al Emperador, siempre que éste pudiera, cosa muy difícil, oponerse al terrible impulso de las numerosas fuerzas republicanas.

Entretanto el enemigo avanzaba por todos los puntos del país, y era preciso organizar cuanto antes la defensa de la plaza de Querétaro.

Escobedo se dirigía á Querétaro por el camino de San Luis Potosí, y Corona por el de Acámbaro, separados los dos ejércitos por una distancia de cincuenta leguas.

En el acto Miramón, comprendiendo la situación tirante, insistió con Maximiliano para que le permitiera atacar á Escobedo, contando las fuerzas imperiales casi con igual número de hombres que los republicanos.

Esperaba Miramón, que batida la primera fuerza, se podría luego caer sobre la otra, alentados los imperialistas por la primera victoria.

Auguraba además, y era muy posible, con mucha jus-

ticia y conocimiento de causa, que esa era la única probabilidad de salvación, pues reunidas las fuerzas de Escobedo y de Corona sería muy difícil el triunfo.

Pero bastaba que tal proposición viniera de Miramon, para que Márquez se opusiera, y como éste gozaba de absoluta preponderancia en el ánimo del Emperador, prevaleció la opinión del segundo y permanecemos en la más absoluta inacción, permitiendo á los generales Escobedo y Corona que tranquilamente reunieran sus fuerzas y comenzaran á cercar la ciudad el día seis de Marzo.

Reunido el consejo de guerra presidido por Maximiliano y compuesto de los generales Márquez, Miramón, Méndez y Castillo, se resolvió no atacar al enemigo, sino presentarle la batalla y esperar la ofensiva.

Se decidió igualmente ocupar ciertas posiciones, apoyando el ala derecha en el río Blanco y la izquierda en la Casa Blanca y la garita de Celaya, mientras que el centro ocupaba el cerro de las Campanas, quedando la reserva en la Alameda.

Á las cuatro de la mañana del día seis, salió el Emperador de la ciudad á caballo, y rodeado por su Estado mayor y sus oficiales. Yo seguía á Su Majestad, quien me había dicho que no habiendo seguridad en ninguna parte y no sabiendo lo que pudiera suceder de un momento á otro, lo más conveniente era que estuviese siempre al lado suyo.

No dejaba de causarme cierto pavor aquella marcha en plenas tinieblas, escuchando el pesado rodar de

los cañones, el paso de la caballería y la acompasada marcha de los infantes.

Comenzaba á amanecer, cuando llegamos al pie del cerro.

Había una neblina tan espesa que no nos distinguíamos unos á los otros á dos metros de distancia.

Pero los primeros rayos del sol disiparon la bruma y entonces pude distinguir perfectamente á nuestras tropas formadas en batalla, y al frente, y á una gran distancia, otra línea muy extensa, cuyas bayonetas brillaban al sol naciente.

Eran las tropas de los republicanos.

Siguiendo al Soberano, recorrí con él, al galope, toda la línea de las fuerzas imperiales, entre los marciales toques de los clarines y los gritos entusiastas : de ¡ Viva el Emperador !

No dudo, ni por un momento que si ese día los imperiales se hubieran decidido á atacar á los republicanos, el triunfo hubiera sido nuestro, tal era la bravura y el deseo que de batirse tenían los adictos al Imperio.

Regresó el Emperador al centro de la línea al pie del cerro. Miramón insistió en que debía atacarse á los liberales desde luego ; pero Márquez nuevamente se opuso, alegando que lo más conveniente era permanecer á la defensiva y esperar el ataque del enemigo, como se había decidido.

Permanecimos pues en la más completa inacción todo el día seis de marzo y por la tarde, al obscurecer,

nuestras tropas regresaron á la ciudad fijándose el cuartel general en las alturas del mismo cerro de las Campanas.

La noche del seis, Maximiliano y sus generales durmieron á campo raso, en lechos improvisados con zarapes ; á mí se me permitió ir á dormir á la ciudad, y al día siguiente muy de madrugada, cuando llegué al cerro, ya comenzaban á construirse con mucha actividad las trincheras y los parapetos.

Los soldados limpiaban de yerba y de plantas espinosas, que abundan tanto en las cercanías del cerro, todos los alrededores ; aplanaban el terreno y los vecinos gustosos se ofrecían á ayudar á subir los cañones á los atrincherados reductos.

Llevaba conmigo toda la correspondencia recibida la víspera, y al verme llegar el Emperador, me dijo :

— Vamos á mi gabinete de trabajo.

Y bajando por la parte norte del cerro, seguimos por una estrecha vereda, hasta llegar á una cavidad de la roca, cuya entrada se encontraba oculta por la maleza y los arbustos.

En el fondo de esa pequeña gruta, había un banco de césped.

— ¿ Qué le parece á Ud este gabinete ? me preguntó el Emperador. ¿ No cree Ud, que aquí podremos trabajar á gusto, sin que nadie venga á molestarnos ? Yo, agregó, el Dr Basch y Severo (el criado mexicano) somos los únicos que conocemos este retiro que ayer descubrí.

Coloqué sobre el banco todos mis papeles, comencé

á leerlos en alta voz y á anotar al margen sus acuerdos respectivos, como en los buenos tiempos de Chapultepec ó de Cuernavaca.

De cuando en cuando se escuchaba algún tiro de fusil, allá á lo lejos; pero en nuestro derredor, solo el gorjear de los pajarillos interrumpía el tranquilo y dulce silencio de aquel rústico gabinete imperial.

Frente á nosotros el encantador paisaje que se extiende hasta las lejanas montañas de Sierra Gorda alegraba las azules pupilas del príncipe de Hapsburgo, que cuatro meses después había de caer, muy cerca de allí, destrozado por las balas republicanas.

Á las diez de la mañana, se presentó el camarista Severo trayendo el almuerzo, que se componía de pavo asado, carne fría, huevos, queso, pan y una botella de vino.

— Nuestro almuerzo no es muy abundante ni muy exquisito hoy, me dijo el Emperador; pero « *à la guerre comme à la guerre* », sin embargo el aire del campo, que abre el apetito, suple la cantidad y la calidad de los manjares.

Efectivamente, almorzamos muy bien, colocando nuestras servilletas sobre el banco rústico. Terminado el almuerzo, el Emperador encendió un puro y se recostó á descansar sobre un plaid, que Severo había traído; y mientras el Soberano reposaba, Severo y yo contemplábamos el campamento enemigo, que desde la gruta se veía admirablemente.

Desde el día citado hasta el 12 de marzo, el cuartel

general quedó instalado en el cerro de las Campanas, sin que aconteciera nada notable ni digno de mencionar en los días transcurridos.

De cuando en cuando, treinta ó cuarenta de nuestros jinetes se adelantaban á desafiar á los liberales; salían otros tantos de las filas enemigas, se propinaban mutuos insultos, se disparaban algunos tiros y terminaban por volver á sus respectivas filas. En esas pequeñas escaramuzas, los liberales perdieron algunos hombres, entre ellos un oficial, cuyo caballo fué traído á nuestro campamento.

Diariamente se reunía el consejo de guerra, para deliberar; opinando siempre el Emperador por el ataque y oponiéndose siempre los generales.

El día diez, desde lo alto del cerro, pudimos ver perfectamente á eso de las diez de la mañana, y hacia la llanura de Celaya, á todo el ejército enemigo que pasaba revista.

Unas tres horas debe haber durado la revista de las tropas republicanas, y de cuando en cuando el viento nos traía el eco de sus clarines.

Temiendo, dados esos preparativos, un próximo ataque de los republicanos, se acercó al Emperador una diputación de generales á suplicarle que no se expusiera tanto y que se retirara á la ciudad; pero Maximiliano se rehusó por completo, alegando que debía estar en los lugares donde mayor fuera el peligro.

Esa noche fué la primera que ya no durmió á campo raso, pues acabó por aceptar una tienda de campaña

que Mejía le ofreció; también Miramón y Mejía habían hecho traer sus tiendas de campaña y las tres se instalaron en lo alto del cerro, donde los tres habían de morir cuatro meses más tarde.

Los oficiales de órdenes, los de campo, los criados y yo, dormíamos alderredor de las tiendas á campo raso, sobre esteras de palma y gruesos tapetes llamados cocos.

Desde que el cuartel general se instaló definitivamente en el cerro de las Campanas, Su Majestad me envió las primeras noches á dormir á la ciudad; pero después quiso que ya no me separara de él, pues temía, y con razón, que en cualquier momento no pudiera ya reunirme á su persona.

Para mí eran una verdadera tortura las noches pasadas á campo raso, no tanto por el frío, ni porque dormía á la luz de las estrellas, sino por el incontable número de sabandijas, que nos molestaban desde que nos acostábamos hasta la salida del sol.

Viendo pues que el enemigo no atacaba, y comprendiendo que había operado un importante cambio de posición, pues sus fogatas eran cada día más raras, se decidió instalar el cuartel general en el convento de la Cruz, sólido edificio de la época colonial, que por el espesor de sus murallas presenta todo el aspecto de una fortaleza.

El 13 de marzo, fecha fatídica para el superticioso Soberano, nos instalamos en el convento de La Cruz.

## CAPÍTULO V

Combates y escaramuzas. — El cuartel general en La Cruz. — Habitaciones de Maximiliano. — Ataque de la plaza el catorce de marzo. — Salen para México los generales Márquez y Vidaurri. — Paseos del Emperador por la plaza de La Cruz. — Fiesta militar el treinta de marzo. — El Emperador es condecorado con la medalla militar. — Escasez de víveres y municiones. — El aniversario del diez de abril. — Triunfo del veintisiete del mismo.

Los incidentes más notables ocurridos antes de nuestro cambio al convento de La Cruz, fueron los siguientes:

El diez de marzo, el coronel Quiroga hace una salida trayendo doscientos bueyes.

El día once los liberales rompen el acueducto que surte de agua á la ciudad, y desde las alturas de La Cruz puede mirarse una cascada que cae de los arcos rotos inundando la llanura.

Comienza, con ese motivo á escasear el agua, pero no falta completamente pues aun hay bastante en los pozos y las cisternas.

Á las once de la mañana del mismo día once, el ge-